

Del odio de una casta, al temor de la guerra.
Un acercamiento a la historia de las emociones
de la Guerra del Yaqui desde la óptica de dos médicos
porfiristas

Raquel Torúa Padilla*

Recibido: 25 de agosto de 2021.

Aceptado: 15 de noviembre de 2021.

Resumen

La historia de las emociones y la teoría construccionista consideran que las emociones, además de tener un sustrato biológico, son construcciones histórico-sociales, en este marco se sitúa el presente artículo. El objetivo es, haciendo uso de las memorias de dos médicos porfiristas que acompañaron en las expediciones militares de la Guerra del Yaqui a finales del siglo XIX, identificar en el lenguaje las emociones sentidas y profesadas durante tal proceso, bajo la perspectiva e interpretación de ambos personajes. Se trata de un acercamiento a las emociones que preponderaron en la visión de los porfiristas sobre el conflicto del Yaqui, una guerra prolongada.

Palabras clave: Emociones, guerra, yaquis, Porfiriato, siglo XIX.

Abstract

The history of emotions and constructionist theory consider that emotions, in addition to having a biological substrate, are historical-social constructions, this article is situated within this framework. Based on the memoirs of two Porfirian doctors who accompanied the Mexican military expeditions of the Yaqui War at the end of the 19th century, we aim to identify the emotions felt and professed during this process, from the perspective and interpretation of these two men. This is an approach to the emotions that prevailed in the Porfirians' vision about the Yaqui conflict, a long-lasting war.

Keywords: Emotions, war, Yaquis, Porfiriato, 19th century.

* raqueltoruapadilla@msn.com

Introducción

La etnia yaqui habita desde tiempos ancestrales en un territorio ubicado en lo que hoy es el centro-sur del estado de Sonora, en el noroeste de México. Sus poblaciones, que tradicionalmente son ocho asentamientos, se encuentran en las márgenes del río que lleva su nombre. Este territorio les pertenece por Decreto Presidencial, aunque sufrió importantes reducciones durante los siglos XIX y XX a causa de distintas campañas de colonización por parte del hombre blanco. Por la defensa de su territorio y autonomía estuvieron en constante lucha contra el gobierno mexicano, en un conflicto conocido como Guerra Secular del Yaqui, que se recrudecería durante el Porfiriato. La agresividad y longevidad del conflicto provocó una merma importante en su población (Gouy-Gilbert, 1985). Los que no fueron asesinados en combate, fueron víctimas de la deportación.¹

Los yaquis, desde la llegada de los españoles, han estado en conflicto con el hombre blanco, y su territorio, cultura y autodeterminación han estado en riesgo. Los *yoemem*,² como ellos se autodenominan, empero, han demostrado ser un pueblo resistente y persistente ante los distintos embates, no sólo porque sigue siendo uno de los grupos indígenas más numerosos de la entidad,³ sino porque mantienen vivas su cultura y modos de vida tradicionales.

Parte de esta capacidad de resistencia y persistencia de la etnia yaqui, ha sido su disposición para levantarse en armas en autodefensa. Esto les ha ganado a sus miembros la fama de “belicosos”. Desde las primeras crónicas referentes a esta región

¹ Si bien la situación de guerra dificultó la obtención de datos e información de las familias yaquis para la elaboración de los censos, en 1895 se estimaba que la población hablante de la lengua cahíta (yaquis y mayos) era de 26 795 (DGE, 1897) y para 1900 de 744 (DGE, 1901). Francisco del Paso y Troncoso estimaba que en 1903 eran alrededor de 14 000 indios yaquis en Sonora (Del Paso y Troncoso, 1905), sin embargo, hay que leer estos números *cum grano salis*, pues cabe recalcar que 1902 fue el segundo año con más deportaciones de yaquis a Yucatán (Padilla Ramos, 1995) y señalar que la densidad de la población yaqui también se vio afectada en este periodo por distintas enfermedades y epidemias como la viruela (Del Paso y Troncoso, 1905, p. 24).

² *Yoemem* significa “la gente” (Moctezuma Zamarrón, 2001, p. 41).

³ Según datos del INEGI (2021), la segunda lengua indígena con más hablantes en Sonora es el yaqui (*Jiak Nooki*), con un total de 29.6%, considerando a las personas de más de tres años del total de los hablantes de una lengua indígena. Están por detrás de los mayos, quienes representan el 43.1%. Si bien la lengua no es necesariamente determinante de etnicidad, estos datos son indicadores valiosos.

se les ha catalogado como una “nación tan populosa, belicosa y arrogante” (Pérez de Ribas, 1985, p. 83).

Sin embargo, fue hasta 1825 que los yaquis iniciaron, con la sublevación liderada por Juan Banderas, un periodo de resistencia y conflicto armado contra los blancos que, de manera intermitente, duraría todo un siglo. Si bien los líderes iban cambiando, al igual que los distintos gobiernos *yoris*,⁴ las demandas eran las mismas: respeto por su territorio y autonomía. Por haber sido constantes los levantamientos durante el siglo XIX y principios del XX, se les ha considerado parte de la misma guerra. Esta guerra secular tuvo su clímax durante el Porfiriato, y culminó durante el gobierno de Lázaro Cárdenas cuando se les cumplieron ciertas de sus demandas y se les restituyó parte de su territorio ancestral.

Esta guerra larga guerra ha sido del interés de un considerable número de investigadores y estudiada desde varias aristas.⁵ Entre estos investigadores se encuentra Patricia Guerrero de la Llata, quien realizó un excelente análisis de los discursos oficiales desde la teoría de los imaginarios sociales en su libro *La perfidia de los indios... las bondades del gobierno. Imaginarios sociales en discursos oficiales sobre la deportación de los yaquis, 1902-1908* (2014). Entre los discursos considerados por Guerrero de la Llata se encuentran los relatos de dos médicos porfiristas sobre la Guerra del Yaqui, los cuales retomo en el presente artículo para analizarlos desde la perspectiva de la historia de las emociones, con el fin de brindar nuevos elementos para el análisis histórico.

El primer texto es el de Fortunato Hernández, un capítulo intitulado “La guerra del Yaqui”, originalmente publicado en 1902 en su obra *Las razas indígenas de Sonora y la guerra del Yaqui*. El segundo se titula “Recuerdos del Yaqui”, donde recopilan artículos escritos por Manuel Balbás. Ambos están incluidos en la colección publicada por el Gobierno del Estado de Sonora en 1985, *Crónicas de la Guerra del Yaqui*, misma que fue consultada para este trabajo. A partir de los testimonios de su participación como médicos en dicha guerra, intento recuperar todo aquel indicio de emoción respecto al enemigo yaqui y “la funesta serie de sangrientas y dilatadas campañas” contra ellos (Hernández, 1985, p. 121).

⁴ Con este vocablo se refieren los yaquis al “blanco”, al no indígena.

⁵ Sugiero consultar el apartado “De cómo Sonora ‘irrumpió’ en la historia patria”, del tercer capítulo del libro *Los Partes Fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis* de Padilla Ramos (2018), así como el apartado “La rebelión yaqui en la historiografía,” en el artículo “Guerra secular del yaqui y significaciones imaginario sociales”, de Padilla y Trejo (2012).

La tesis *El odio y el amor en los yaquis durante tiempos de guerra, 1825-1908* (Torúa Padilla, 2019) es un antecedente del presente artículo, en la que se exploraron dos emociones específicas rescatando fuentes indígenas para tener un acercamiento a las emociones de los miembros de la etnia yaqui. En este trabajo, por el contrario, mi objetivo es rescatar las emociones en la guerra del Yaqui desde la mirada del hombre blanco, leal al gobierno. Las crónicas de Fortunato Hernández y Manuel Balbás ofrecen testimonios ricos en información acerca de lo acontecido en el Yaqui a finales del siglo XIX, pero también develan su manera de ver la guerra y a los propios indígenas, influida por las ideas porfiristas-positivistas de la época. En sus discursos también dejan ver un abanico de emociones sentidas y profesadas por ellos mismos y por los diversos partícipes de la guerra, o bien, su interpretación de las diversas expresiones emocionales.

Considero que la relevancia de este trabajo radica en que estudiar la historia bajo la perspectiva de las emociones no sólo ayuda a llenar vacíos historiográficos, sino que sirve para mostrar un lado de la historia que humaniza a los sujetos de estudio, buscando entender cómo sintieron esos seres humanos del pasado. Por esto, espero que este artículo no sólo abone a la historia de la guerra del Yaqui, brindando una nueva perspectiva de análisis, sino que permita comprender las acciones de yaquis y blancos dentro de una guerra que no fue únicamente cruda, sino prolongada. Esto es importante sobre todo en un presente en el que las relaciones entre los yaquis y los no-indígenas siguen siendo ásperas y basadas en la desconfianza, por la larga historia de conflicto que se comparte.

Estudiar las emociones desde la historia

Analizar las fuentes desde la historia de las emociones es otra manera de acercarse a resolver los porqués de los hechos y procesos históricos. Es importante no ignorar que el humano es un ser que siente y sus emociones pueden promover o motivar sus comportamientos, por eso es importante considerarlas y estudiarlas y no solamente explorar los comportamientos externos (Matty Stearns, 2014). Según Damien Boquet (2008), las emociones incluso toman parte en aquellas decisiones que pretenden ser las más lógicas.

Para poder estudiar las emociones desde la historia, que por lo usual se dedica a descubrir cambios y/o permanencias a lo largo del tiempo, éstas deben estar sujetas al cambio. Lo interesante de los trabajos desde esta perspectiva es que demuestran que no

existen emociones básicas y universales. Lo que sienten los seres humanos, cómo lo sienten y de qué manera lo expresan, sufren transformaciones a lo largo del tiempo y el espacio, e incluso, en un mismo espacio geográfico pueden convivir comunidades emocionales⁶ diferentes. Con esto perfiló el análisis del presente estudio, el cual parte del modelo construccionista que considera que las emociones son una construcción histórico-social.

Una buena definición de lo que son las emociones según este paradigma, nos la da el profesor de psicología James Averill, quien partiendo del enfoque construccionista social y la psicología cognitiva (y sin negar su sustrato biológico), afirma que son “sistemas de creencias o esquemas que guían la evaluación de situaciones, la organización de respuestas y el autocontrol (interpretación) del comportamiento”; sistemas que a su vez, son aprendidos por los humanos (Averill, citado en Rosenwein, *et al.*, 2018, p. 614). Podemos reconocer diversas emociones según sus expresiones emocionales, que varían a lo largo del tiempo, el espacio y la cultura, y pueden manifestarse a través de varias señales ya sea en el rostro, en el cuerpo, la voz o el lenguaje (Keltner, *et al.*, 2003).

Para este artículo mi principal fuente de trabajo es el lenguaje plasmado en los textos de Hernández y Balbás. El análisis documental permite observar las emociones y sentimientos⁷ vividos y sentidos por determinado grupo social (o comunidad emocional), en un tiempo específico, a través del vocabulario, los términos, frases y demás expresiones del lenguaje escrito. En los dos escritos que analizo, que son memorias y recuerdos sobre la campaña del Yaqui, ambos autores presentan información sobre las emociones sentidas o profesadas principalmente por otros: los soldados que acompañaban, los indígenas a quienes se les hacía la campaña y otros civiles y políticos involucrados. En este caso hay que proceder con cautela y se deben tomar como referencias a las emociones, ya que más bien son *sus* interpretaciones respecto de las emociones expresadas por otros y presenciadas por los autores.

Una metodología para estudiar las emociones desde la historia es hacer una lectura detenida de los documentos para buscar

⁶ Éste es un término que Barbara Rosenwein (2006) utiliza para estudiar grupos sociales a través de la mirada de las emociones.

⁷ Por lo pronto, me quedo con el planteamiento de Rosenwein y Cristiani (2018, p. 427), al señalar que los historiadores no debemos preocuparnos mucho por las diferencias entre “emoción” y “sentimiento”, principalmente porque en el pasado no hacían distinción entre ambas y sería anacrónico hacerlo en el presente para estudiar las emociones del pasado.

e identificar palabras o frases que denoten contenido emocional, las cuales pueden incluir textualmente alguna emoción o sentimiento, o no. Durante este proceso se sugiere evitar descartar la información que no tenga un tono o contenido emocional evidente, pues los silencios también pueden ser muy sugestivos. Se suele hacer un conteo de esas emociones presentadas para luego problematizar y cuestionar los términos y vocablos.⁸ En esta ocasión no pretendo ofrecer definiciones de las emociones aquí tratadas, pues como sucede en el presente, en el pasado difícilmente había consenso sobre su significado preciso. Lo que se busca es analizar el contexto en el que está siendo utilizado el vocablo para inferir un posible significado y consultar a otros escritores, filósofos o pensadores contemporáneos sobre el periodo de estudio, para corroborar el uso o significado de la emoción en el lapso. Para este trabajo, facilita la tarea el estar analizando a dos autores distintos y coetáneos, pues permite hacer una comparación en el uso de los vocablos relativos a emociones.

Se debe ser cuidadoso con la interpretación de estas emociones y ser consciente de las preconcepciones que podamos tener de cada palabra. No sólo es difícil definir las emociones, sino que, de primera instancia, no se tiene la certeza de que hayan sido consideradas emociones en nuestro periodo de estudio/por nuestros sujetos de estudio; o bien, que se sientan y/o expresen de la misma manera en nuestro presente.

Para este artículo debo aclarar que por cuestiones de espacio decidí, después de hacer la lectura crítica de ambos textos, realizar un conteo de cada una de las emociones mencionadas o sugeridas por los autores. Este trabajo no pretende ser un estudio total de las emociones de la Guerra del Yaqui, sino un acercamiento, principalmente porque es necesario problematizar cada una de las emociones presentes en el texto (de manera explícita e implícita), por lo que para este trabajo me concentraré en las que repiten de forma constante a lo largo del texto y de manera textual. Considero que concentrarme en estas emociones dará muestra de cuáles eran las más significativas en este momento de la historia y con el contexto podremos saber por qué. Este ejercicio dará un panorama general del estado emocional de los sujetos de estudio.

Como parte de la lectura crítica, es indispensable reconocer que la expresión de una emoción no necesariamente refiere a dicha emoción, pues puede usarse como recurso literario. Por ejemplo,

⁸ Esta metodología fue propuesta por la historiadora Barbara Rosenwein, en su artículo "Problems and methods in the history of emotions" (2010), disponible en <https://alioshabielenberg.com/wp-content/uploads/2020/06/Rosenwein-2010-Problems-and-Methods-in-the-History-of-Emotions.pdf>

Fortunato Hernández (1985, p. 129) dice lo siguiente: "...sin abrigar si quiera[sic] la esperanza de que algún compatriota agradecido venga a depositar un *triste* ramo de siempreviva sobre el estéril polvo de su tumba!". En este caso, triste se utiliza como expresión para denotar insignificancia.

Sería impensable estudiar las emociones presentes en los textos de Hernández y Balbás fuera de su contexto; es por ello que presento un análisis historiográfico con las investigaciones referentes al proceso de la guerra. Específicamente este trabajo se centra en las Campañas del Yaqui del gobierno porfirista, pues son en las que tuvieron participación los ya mencionados médicos. Sin embargo, es necesario considerar las campañas porfiristas dentro de un proceso histórico que tiene sus antecedentes tiempo atrás y que, además, terminó años después de concluida la presidencia de Porfirio Díaz.

Antecedentes de una guerra secular

Fortunato Hernández apuntó en sus memorias que la guerra del Yaqui "tuvo por origen la invasión de los conquistadores" (refiriéndose a los europeos del siglo XVI) (Hernández, 1985, p. 254). Desde la época colonial los yaquis habían sido arrebatados de su autonomía y dominio de su territorio (Padilla Ramos, 2010), sin embargo el sistema misional también cobijó de cierta manera a los indígenas. Esto les permitió mantener alejados a los colonos españoles de sus pueblos (Enríquez Licón, 2003, p. 76) y los hizo exentos del pago de tributo a la Corona (Enríquez Licón, 2010, p. 129).

Ya desde la secularización de las misiones en 1769, a partir de la expulsión de los jesuitas, los yaquis vieron amenazado su modo de vida; las rebeliones comenzaron a ser cada vez más comunes, pues los indios se negaban al establecimiento de un nuevo modelo que trastocaba su sistema tradicional. Esto solo vino a exacerbarse cuando se implementaron en Sonora las leyes de la Constitución de Cádiz (1812).

Esta primera constitución española "propició transformaciones en la organización política de los pueblos indígenas y aceleró la transferencia de tierras comunales a manos particulares; vulneró asimismo las dos instituciones más importantes de la etapa colonial: la misión y el presidio" (Enríquez Licón, 2010, p. 142). Fue en este periodo que inició una nueva e importante etapa de lucha para los yaquis, en la que tendrían que poner a prueba todas sus habilidades de combate y resistencia para "salvaguardar su

existencia como nación”, en una guerra intermitente que durará más de un siglo (Enríquez Licón, 2010, p. 145).

La consumación de la Independencia de México y el nacimiento de una nueva república mexicana no significó más que un aumento de problemas para los yaquis, pues gobierno tras gobierno sus tierras seguían peligrando, sobre todo tras la introducción de la nueva idea de “progreso” en el país. El “progreso” sería, precisamente, la forma de dominación que predominaría en el siglo XIX, fortaleciéndose durante el Porfiriato, a diferencia del modelo de dominación anterior basado en la evangelización (Figueroa, 1994, p. 82).

Por lo ya expuesto, en 1825 inicia la primer gran sublevación en el Yaqui, capitaneada por Juan Banderas. Existieron varios motivos para este levantamiento, y en su mayoría tenían que ver con las ya mencionadas transformaciones políticas y sociales que se estaban suscitando en la entidad. Los yaquis no querían ser absorbidos por este nuevo sistema, producto de la naciente república mexicana. Algunas de las leyes implementadas en el periodo, por ejemplo, buscaban la igualdad de los ciudadanos, lo que significaría para los indígenas la obtención de los “mismos derechos”⁹ que cualquier otro individuo, pero también de nuevas obligaciones (Medina Bustos, 2002). Asimismo, con la creación del Estado de Occidente (1825-1830) surgieron importantes legislaciones¹⁰ que trastocarían el modo de vida de los yaquis y pondrían en total peligro su autonomía como pueblo.

Si bien es verdad que su territorio estuvo en peligro constante de ser colonizado por los mexicanos, para esta etapa del conflicto la prioridad de los yaquis fue conservar su derecho a la autodeterminación, pues era la amenaza más patente (Padilla Ramos, 2010). La tenacidad de los yaquis por defender su autonomía era herencia de “sus primeros enfrentamientos contra los españoles [pues] habían desarrollado una tradición de lucha para mantenerse independientes del control externo” (Figueroa, 1994, pp. 90-91).

Además de buscar mantener la autodeterminación de su etnia, Juan Banderas tenía entre sus planes crear una confederación de naciones indias. Logró reunir a un grupo de alrededor de dos mil hombres y continuó invitando a otros a que se le unieran. Entre ellos había mayos, pimas y ópatas (Moctezuma Zamarrón, 2001,

⁹ Por lo menos años más tarde, con la Constitución del Estado de Occidente, se observó que únicamente los indígenas propietarios eran acreedores de estos derechos (Medina Bustos, 2002).

¹⁰ Para profundizar en el tema recomiendo consultar el artículo de José Marcos Medina Bustos (2002).

p. 51), y gracias a esta unión se obtuvieron en el camino algunos triunfos contra la desorganizada milicia mexicana (Spicer, 1994, p. 162). Este proyecto finalmente no triunfó y Banderas fue asesinado años más tarde, pero esta rebelión marcó el inicio de una lucha que, aunque intermitente, duraría más de un siglo.

Durante la etapa de construcción nacional, que abarcó la primera mitad del siglo XIX, surgieron en el noroeste de México varios grupos de poder que entraron en disputa y en medio de estas pugnas quedaron atrapados algunos pueblos indígenas, con quienes se buscaba crear alianzas, ofreciéndoles a cambio lo que más deseaban: tierra y autonomía. Lo anterior provocaría, en algunos casos, que los indios iniciaran sus propias rebeliones (Padilla Ramos, 1995, p. 10).

Estos grupos de poder estaban conformados, en su mayoría, por hacendados, pues recordemos que para esta época, la hacienda se convirtió en la “unidad básica de la sociedad mexicana” y sonorenses, así como “la unidad productiva predominante” durante todo el siglo XIX (Spicer, 1994, p. 168). Estos hacendados, vale la pena mencionar, eran relativamente recién llegados al territorio de Sonora y según Edward Spicer (1994, p. 172)

[...] sus conceptos sobre lo que era deseable con respecto a la propiedad y utilización de la tierra provenía en parte de tradiciones españolas, pero a éstas se había agregado una significación de la tierra que estaba estrechamente relacionada con la situación del sonorenses frente al indio.

Para estos hombres, la tierra era estrictamente propiedad individual y muchos de ellos contaban con títulos que los acreditaban como dueños de las tierras por concesiones del rey de España, por herencia de la administración colonial, o por compra (Spicer, 1994). Los yaquis, por su parte, no poseían títulos de ninguna índole (Padilla Ramos, 2006), lo que les complicaría la situación años más adelante. Estas dos sociedades, la indígena “con su herencia de doscientos años de vida en comunidades misioneras”, y la mestiza, que apenas adoptaba el sistema de haciendas, estarían en constante choque durante todo el siglo XIX y principios del XX por sus distintas maneras de ver el mundo (Spicer, 1994, pp. 165-166).

Una ley que agravó la situación de las comunidades indígenas de todo el país, respecto de la tenencia de la tierra, fue la llamada Ley Lerdo o Ley de Desamortización de las Fincas Rústicas y Urbanas de las Corporaciones Civiles y Religiosas de México, promulgada en 1856. Se dictó bajo la presidencia de Ignacio Comonfort, con Benito Juárez como ministro de Justicia y Sebastián Lerdo de

Tejada como ministro de Hacienda. Las afectaciones de esta ley fueron severas para los pueblos indígenas, pues por tradición su sistema de tenencia de la tierra era comunal. Con la Ley Lerdo se pretendía, entre otras cosas, que la tierra fuera parcelada de manera individual y adquiriera el estatus de propiedad privada, bajo el modelo del nuevo proyecto liberal.

Aunado a esto, el gobierno estatal al mando de Ignacio Pesqueira García facilitó las concesiones para la construcción de ferrocarriles y la apertura de nuevas minas (Almada Bay, 2000) y buscó se abrieran las tierras comunales de los indígenas para la colonización por parte de los mexicanos. Para esto último no tardaron en poner manos a la obra, y para 1858 “se instaló en Álamos la Junta de Colonización de los ríos Yaqui y Mayo [...] y se creó la prefectura del Yaqui, para que los pueblos indios se ajustaran a la organización política republicana”. Del mismo modo, años más tarde, se logró obtener una concesión por parte del gobierno federal “para colonizar los terrenos comprendidos entre los ríos Yaqui y Mayo”. No obstante, los yaquis ya habían empezado a rebelarse ante las disposiciones que consideraron injustas, por lo que fue imposible realizar los trabajos necesarios en la zona (Enríquez Licón, 2010, p. 151).

Colonizaciones y el problema yaqui

El gobernador Ignacio Pesqueira decidió mandar tropas estatales para aplacar a los insurrectos; entre sus estrategias para lograr la colonización en el Valle del Yaqui estuvo la de instalar a soldados del gobierno como colonizadores de esas tierras, esto con el objetivo de que, en caso de ataque, defendieran sus nuevas tierras y las vecinas. Además, a medida que la lucha progresaba, las brutalidades de la guerra se iban intensificando y tanto indios como blancos consideraban crueles y despiadadas las acciones del otro. El gobierno mexicano incluso llegó al grado de cometer atropellos en contra de mujeres y niños. Por su parte, los yaquis respondieron a los ataques con emboscadas y el asesinato de soldados mexicanos (Spicer, 1994, p. 181).

Los encuentros cada vez fueron más frecuentes y el conflicto se fue alargando. El gobierno estatal gastaba tropas y recursos en intentar someter a los indios, a quienes tachaba de holgazanes y enemigos del progreso; a su vez, las autoridades mexicanas intentaron vender la idea de que ésta “era una especie de guerra santa contra bárbaros” (Spicer, 1994, p. 181), en la que se buscaba “encarrilar a los indígenas en la senda de la vida civilizada”

(Dávila, 1894, p. 308). Lo que deseaban los *yoris* en realidad eran las fértiles tierras que no estaban siendo aprovechadas para la agricultura extensiva, tal como el progreso de la nación lo requería. Así concebían los mexicanos el territorio yaqui para finales del siglo XIX:

Los elementos de riqueza positiva del río Yaqui son grandiosos, sus maderas son magníficas y sus plantas tintóreas como el palo de brasil y el añil son abundantísimos. Sus terrenos agrícolas son riquísimos y de humedad. Actualmente una Compañía de capitalistas está abriendo un gran canal á través de esos terrenos y en no lejano día el río Yaqui vendrá á ser la región agrícola más rica del Estado. Hoy por hoy, pueden conseguirse allí terrenos á precios relativamente bajos que asegurarán una fortuna al colono industrioso que vaya a cultivarlos" (Dávila, 1894, pp. 314-315).

En un intento más por apaciguar a los rebeldes Pesqueira decidió en 1874 nombrar alcalde mayor del río Yaqui a quien se convertiría en uno de los jefes yaquis más temidos y reconocidos de todos los tiempos: José María Leyva "Cajeme". Grave error por parte de Pesqueira, pues Cajeme logró estimular en los yaquis nuevos sentimientos de insurrección y "con ardor patriótico les predicaba a los indios la necesidad de recobrar la independencia de aquellas comarcas, despertando el orgullo de aquella raza guerrera y belicosa". Fue tan evidente la efervescencia que se estaba suscitando en el Yaqui que "los pobladores blancos que se habían establecido en ambos ríos a la sombra de la paz, comenzaron a huir abandonando sus hogares". El gobierno respondió aprehendiendo a algunos cabecillas revolucionarios y enviando al coronel Antonio Rincón con un piquete de caballería, pero estas acciones no consiguieron la paz (Del Paso y Troncoso, 1905, pp. 58-59).

Cajeme se aprovechó de la guerra civil que en ese momento acontecía en el estado¹¹ para levantarse en armas, robar ganado de algunos ranchos y fusilar a algunos yaquis opositores (Del Paso y Troncoso, 1905, p. 59). Para costear esta guerra ya había implementado el cobro de peaje a viajeros, el cobro de impuestos

¹¹ En 1875 hubo elecciones en el estado y aunque Ignacio Pesqueira ya no podía, por ley, mantenerse en el poder, sí postuló a su pariente (algunos señalan que era su sobrino, otros que era su primo), el coronel José J. Pesqueira, lo que resultó en el descontento de muchos bandos (incluyendo los que alguna vez fueron cercanos a Ignacio Pesqueira) y finalmente en el levantamiento de Francisco Serna. Para este último también fue ventajoso el levantamiento de Cajeme, pues esto significaría que los Pesqueira tendrían que luchar en dos conflictos diferentes al mismo tiempo (Trejo Contreras, 2012, pp. 186-189).

a los que sacaban leña o pescaban ostiones dentro del territorio yaquí (Almada Bay, 2000, p. 132), la comercialización de sal que extraían de ahí mismo, así como otros productos. Cabe resaltar que durante este periodo los yaquis desarrollaron “una fuerza y una organización militar sin precedentes” en su historia (Figueroa, 1994, p. 102).

En 1876, Porfirio Díaz llegó al Poder Ejecutivo del país. Con él inició un “proceso de centralización del poder político que aumentó los controles del gobierno federal a nivel estatal y del estatal a nivel municipal” (Almada Bay, 2000, p. 130). Es en esta etapa en la que los planes anteriores de desamortización de las tierras comunales van a verse cumplidos en el Valle del Yaqui, así como en el resto de la entidad, porque a nivel regional se logró una estabilidad política entre las facciones regionales rivales (Figueroa, 1994, p. 95), pero más importante aún, porque el ejército federal participó activamente en las Campañas del Yaqui y a partir de este momento el conflicto bélico se volvió más intenso y continuaría exacerbándose al paso de los años.

Los sucesos de estas campañas son precisamente los que nos narran los médicos Manuel Balbás y Fortunato Hernández; sus trabajos, a manera de memorias, son los que retomo para el análisis documental. Estos testimonios de primera mano son los que permitirán ubicar las emociones que se vivían en estos momentos de guerra, sufrimiento e incertidumbre.

Hernández y Balbás: las emociones en sus recuerdos

Ambos médicos, porfiristas declarados, Fortunato Hernández y Manuel Balbás, fueron requeridos en la Guerra del Yaqui para auxiliar a las tropas federales en sus expediciones contra los indios rebeldes.¹² Durante este tiempo hicieron importantes observaciones sobre lo que acontecía dentro y fuera del campo de batalla. Fortunato Hernández escribió sus recuerdos sobre la Campaña (e investigaciones sobre la historia de las guerras yaquis) en el capítulo “La Guerra del Yaqui” de su libro *Las razas*

¹² Según sus relatos, Manuel Balbás servía en el “17° batallón que guarnecía en aquella época el puerto de Mazatlán” y fueron llamados para asistir en la Guerra del Yaqui (Balbás, 1985, p. 27). Fortunato Hernández, por su parte, fue comisionado por el gobierno para estudiar a las “razas” indígenas de Sonora y escribir la historia de sus guerras (Hernández, 1902). Fue en este tiempo que acompañó a las fuerzas porfiristas en distintas expediciones que hicieron en el Yaqui. Ignoro si ambos convivieron en algún momento, pero los momentos y sucesos de los que fueron testigo y narran en sus obras son distintos.

indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui, publicado casi de manera inmediata en 1902.¹³ Por su parte, los recuerdos compilados de Balbás bajo el título *Recuerdos del Yaqui*, que contemplan los años de 1899 a 1901, no vieron la luz hasta 1927.¹⁴

Las obras de estos dos autores han sido ampliamente utilizadas por los investigadores interesados en el tema, pues ofrecen un testimonio de primera mano rico en detalles e interpretaciones; algunos de ellos ya han señalado la importancia de comprender el pensamiento y la visión detrás de sus observaciones y aseveraciones:

El pensamiento de los médicos decimonónicos y aún de principios del siglo xx, ya fuesen militares o civiles, investigadores o prácticos, y desde Yucatán hasta Sonora, estaba imbuido en un modo ‘científico’ de ver las cosas, en el que conceptos como ‘salvajismo’ y ‘atavismo’ y, en contraparte, ‘estoicismo’ y ‘abnegación’, podían explicar lo inexplicable desde el cientificismo y justificar lo injustificable desde el humanismo (Padilla, 2009 citada por Guerrero de la Llata, 2014, p. 210).

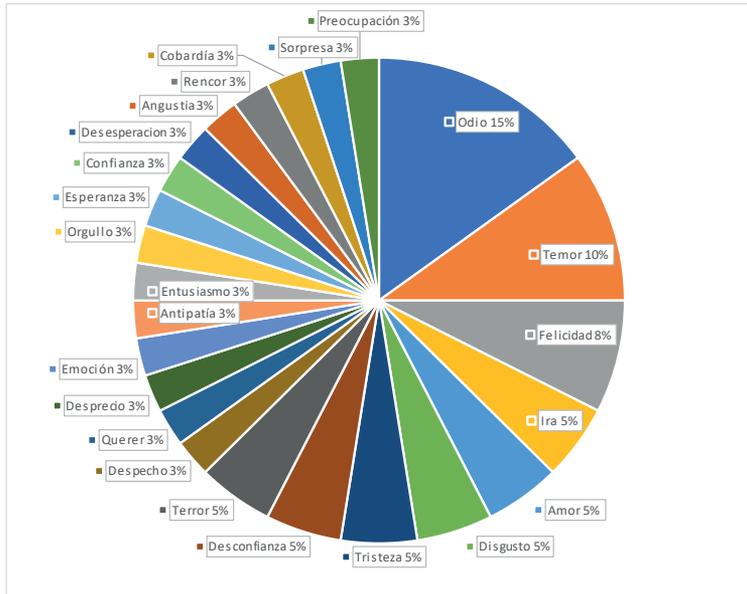
Patricia Guerrero de la Llata, a quien ya me referí y reitero que tiene un impecable trabajo en el que desmenuza el discurso de estos dos médicos porfiristas para analizarlo desde los imaginarios sociales, explica que su pensamiento parte de la tradición dicotómica y positivista. Los médicos eran firmes creyentes del progreso que tanto pretendía el Porfiriato y que, por lo mismo, los llevó a repetir en sus narraciones el “discurso tradicional oficial que remite al orden, al mestizaje y a la civilización (homogeneización) para el progreso” (Guerrero de la Llata, 2014, pp. 214, 226).

Durante el Porfiriato se introdujeron a México las ideas del positivismo, ideología que busca el establecimiento del “orden” en la sociedad. Para esta tarea se requería que prevaleciera la razón y la ciencia, sin embargo, esto de ninguna manera significó que los mencionados médicos dejaran las *pasiones* a un lado para elaborar sus escritos. Aunque he de mencionar, como mostraré a continuación, pareciera que Fortunato Hernández fue más mesurado en cuanto a contenido emocional se refiere.

¹³ Si bien el libro está disponible en línea, para este artículo retomo el capítulo de Fortunato Hernández del libro compilatorio *Crónicas de la Guerra del Yaqui* (1985).

¹⁴ La compilación de sus recuerdos se publicó en 1927, pero muchos de los artículos presentes en la obra fueron publicados en su momento en distintos periódicos del país.

En total contabilicé 24 emociones mencionadas textualmente en el relato de Hernández sobre la guerra del Yaqui,¹⁵ 15 de las cuales sólo aparecen una vez a lo largo del escrito. La gráfica 1, ilustra estos hallazgos:



GRÁFICA 1. Emociones mencionadas de manera textual en “La Guerra del Yaqui” de Fortunato Hernández. Elaboración propia a partir de Hernández (1985).

¿Qué emociones surgen y se desarrollan durante la guerra? ¿Qué emociones llega a sentir una comunidad emocional que lucha una guerra en pro del progreso y bienestar de la nación, pero a costa del sufrimiento y despojo de un pueblo? Después de tantos años de guerra y por lo complicado del conflicto, la situación nos puede remitir al odio y precisamente, como se

¹⁵ En este conteo no consideré las emociones mencionadas en el capítulo titulado “Cajeme”, pues Hernández lo retoma de la “Biografía de José María Leyva Cajeme”, escrita por Ramón Corral en 1900 y publicada por el Gobierno de Sonora en 1981. Lo decidí así porque, como ya mencioné, lo que me interesa trabajar en este artículo son las perspectivas de los dos médicos porfiristas, Balbás y Hernández, respecto de lo acontecido en el Yaqui para recuperar las emociones de sus relatos.

observa en la gráfica 1, ésta fue la emoción más repetida en la narración de Hernández.

Edward Spicer señala que “como siempre sucede entre los seres humanos, la larga guerra llevó a que ambos bandos se vieran mutuamente en términos de generalizaciones peyorativas” y que crecieran en ambos “sentimientos de desconfianza y de odio” (Spicer, 1994, p. 196). El odio del que habla Hernández es el dirigido al *yori*, y pareciera que lo percibe como un sentimiento específico de los yaquis. Ya lo señalaba Patricia Guerrero: “Para Hernández el indígena es quien odia, quien reprime su ira, quien tiene sed de venganza” (Guerrero de la Llata, 2014, p. 200). Esto se observa cuando el porfirista dice que los yaquis “sacieron en la inocente víctima toda la sed de sangre y todo el *odio* de su casta”; “odian al *yori* con el *odio* salvaje de su casta, acumulado durante siglos por el atavismo y perpetuado por la educación maternal, desde la cuna” (Hernández, 1985, pp. 125, 134). Este odio del yaqui, además, es un sentimiento que venía acrecentándose desde el periodo de Juan Banderas, pero fue recrudescido en el de Cajeme (Torúa Padilla, 2019). Como señala Hernández, el odio era hacia el hombre blanco,¹⁶ pues por años habían buscado colonizar y despojarlos de sus tierras, sin embargo, a decir de Hernández, pareciera no haber distinciones, pues incluso a sus amos profesaban odio (1985, p. 129).

Asimismo, el médico porfirista reconoce en sus observaciones que es este odio el que los mantiene en guerra. Él sostiene que los actos de crueldad cometidos contra los yaquis “exacerbaban el odio de los indios impulsándolos a sostener la revolución”, “[el yaqui] guarda en su corazón el *odio* inextinguible que a los blancos profesa, y devora en silencio las lágrimas de su ira y despecho, esperando el momento propicio para saltar de nuevo a la contienda y vengar las derrotas sufridas con la sangre de la primera víctima que la ocasión ponga en sus manos” (Hernández, 1985, pp. 152, 131). Empero, Hernández también señala que los indios “aman la libertad más que la vida” (Hernández, 1985, p. 134) y es precisamente este amor a la libertad, a la tierra, a su cultura, lo que mantiene al yaqui en guerra, no “el odio de su casta” (Torúa Padilla, 2019). En mi opinión, Manuel Balbás hizo comentarios más acertados al respecto:

¹⁶ Hernández señala que es el odio al *yori*, término generalizado ya en este periodo para referirse al blanco, sin embargo, para las fuentes de periodos anteriores a las últimas décadas del siglo XIX, no se presenta tal vocablo. En tiempos de Juan Banderas, por ejemplo, los sentimientos de desprecio eran dirigidos al gachupín (Torúa Padilla, 2019).

¿Cuáles son entonces las causas de esta guerra, que ha durado siglos, y que parece no tener solución? Es evidente que en primer término está la tenacidad y constancia del indio, así como el falso concepto que tiene formado del patriotismo, que le da alientos y le sostiene en una lucha tan desigual y desesperada para él (Balbás, 1985, p. 91).

Naturalmente en una situación como la que se vivía en el Yaqui desde hacía varias décadas, el *temor* fue otra de las emociones más expresadas en los relatos del médico porfirista. Hernández identificaba que el temor es una emoción sentida por los yaquis, por los hacendados y rancheros sonorenses. Menciona el autor que los yaquis que salieron del río lo hicieron por el “*temor de la guerra*” (Hernández, 1985, p. 224); del mismo modo, según lo narrado, Tetabiate se encontraba *temeroso de perder la vida* asesinado por los suyos, ante una posible traición del coronel Peinado en las negociaciones por la paz (Hernández, 1985, p. 217). Los rancheros sonorenses también temían ser asesinados por los yaquis si estos osaban entregarlos a las autoridades: “los hacendados y rancheros, ya sea por *temor* a una venganza, o bien por conveniencia, declaran que todos sus trabajadores son indios pacíficos y que hace mucho tiempo están a su servicio” (Hernández, 1985, p. 129).

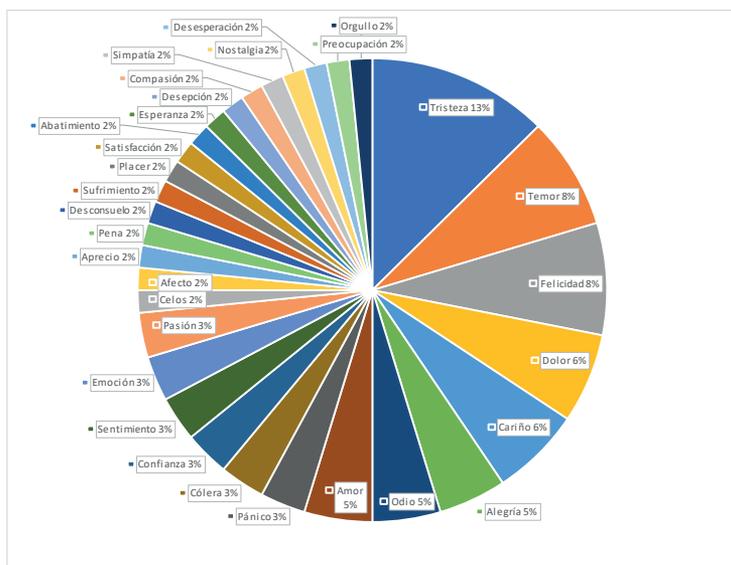
El médico también nos habla de *temor* cuando comenta sobre los únicos dos hombres que *desconfiaban* de los tratados de paz y supuesta sumisión de los yaquis. Estos hombres “superiores”, en palabras de Fortunato Hernández, eran Porfirio Díaz y Lorenzo Torres. El autor retoma el fragmento de una carta supuestamente remitida por el general Lorenzo Torres a Luis Emeterio Torres, en la que expresa su deseo de que “los indios comprendan su propio bien y correspondan [sus] bondades”, pero Torres continúa diciendo “temo un desastre en el que quizá lo menos que suceda sea que nos hundamos tú y yo...” (Hernández, 1985, p. 228).

Curiosamente, a pesar de que en innumerables ocasiones Hernández habla de los peligros a los que se enfrentan los soldados mexicanos, en ningún momento habla de temor (o alguna emoción similar, como miedo) como sentimiento ante estos peligros que menciona. Sobre los militares sólo puede hablar de su valentía. Esta aparente ausencia de temor entre estos hombres no causa sorpresa, pues Hernández se preocupa por destacar en numerosas ocasiones la heroica actitud de los soldados mexicanos. Es claro que su intención es reconocer los sacrificios que hicieron y enaltecer el papel de la milicia federal en la guerra del Yaqui.

Aunque odio y temor fueron las emociones más repetidas en el discurso de Fortunato Hernández, considero que en su narración cuida el hacer uso excesivo de términos menos científicos u

objetivos. El odio, por ejemplo, lo mencionó de manera textual seis veces, el temor cuatro, mientras que otras emociones sólo se mencionaron una o dos veces en el texto. La siguiente emoción más mencionada fue la felicidad, que en un contexto de guerra solo se puede comprender al ser pensada fuera de la guerra misma, como cuando Hernández comenta que “El altruista general Porfirio Díaz, [...] ha consagrado su existencia entera al engrandecimiento de su patria y a la felicidad del pueblo...” (1985, p. 254).

Manuel Balbás por su parte, nos presenta un relato mucho más emocional y subjetivo que el de Hernández. Patricia Guerrero señala que pareciera que Balbás está conformado por dos personas: “el médico profesional educado en el positivismo [...], [y] el escritor de novela histórica (Guerrero de la Lata, 2014, p. 212). A continuación, en la gráfica 2, se presentan las emociones mencionadas en “Recuerdos de la guerra del Yaqui” de (Balbás, 1985).



GRÁFICA 2. Emociones mencionadas en “Recuerdos del Yaqui” de Manuel Balbás. Elaboración propia a partir de Balbás (1985).

En escasas páginas, Balbás menciona 31 emociones, algunas de las cuales se repiten en varias ocasiones. Balbás, al igual que su colega, nos habla de odio, sin embargo no es la emoción que predomina en su narración; como Hernández, también habla del odio que profesan los yaquis hacia el *yorí* (“el odio entrañable al

enemigo"; "fomentando el *odio* eterno e irreconciliable al *yori*"), pero a diferencia de su contemporáneo, reconoce el odio que los soldados mexicanos llegaron a sentir hacia el rebelde yaqui: "pasada la excitación del combate, cuando los ánimos se han serenado, desaparece el *odio* entre los combatientes; y los que ayer, cerrados por la cólera, hubieran exterminado hasta las mujeres y los niños, al siguiente día, sienten compasión y cariño por los vencidos" (Balbás, 1985, p. 64).

El temor, al igual que en el texto de Hernández, ocupa el segundo lugar de las emociones más mencionadas por el doctor Manuel Balbás. Coinciden ambos en reconocer el temor que sentían los hacendados (y mineros, agrega Balbás) sonorenses: "Los hacendados y mineros protegen al indio, por varias razones: en primer lugar, por *temor*...", aunque también señala que, además de por miedo a la venganza, "la gran mayoría [de los patrones] a sabiendas engaña al gobierno para explotar el trabajo del indio" (Balbás, 1985, pp. 22, 97).

A diferencia de Fortunato Hernández, Manuel Balbás vaya que sí habla, en más de una ocasión, del temor que sentían los militares federales y aunque *reconoce* en algunos su valentía, desde su óptica eso no los exime de haber sentido temor:

Suena aisladamente, como un fuerte latigazo, un disparo de Máuser. A esta señal, un movimiento general y espontáneo de toda la tropa manifiesta que se ha experimentado la emoción extraña precursora del combate.

Esta emoción no es otra cosa, que el *temor* fundado que despierta el instinto de conservación. Este instinto es innato, es inevitable y forzoso en todo organismo sensible. Los hombres que saben y quieren dominar esa emoción, son los valientes. Los hombres que no saben, porque no quieren dominarla, son los cobardes" (Balbás, 1985, p. 72).

El temor sentido por los yaquis es únicamente mencionado por Manuel Balbás en una ocasión, y es en referencia a la impresión que provocaba el general Lorenzo Torres. Esta emoción, empero, es calificada por el autor como un "temor respetuoso". Lo interpreta así Balbás, pues asegura en su obra que Torres era un hombre tan honrado y noble, a la vez que tan buen combatiente, que los yaquis no se atrevían siquiera a atacarlo, a causa de este temor/respeto que sentían por él (Balbás 1985, p. 89).¹⁷

¹⁷ Según el diccionario de De Toro y Gómez, el temor es una "pasión del ánimo que hace huir las cosas dañosas" (De Toro y Gómez, 1901, p. 778). Este significado no coincide con el temor que describe Balbás, que más que hacer huir a los yaquis,

La felicidad, al igual que en el texto anterior, fue mencionada varias veces. ¿Pero qué tipo de felicidad se puede vivir estando en guerra? Al parecer, según sus relatos, no había más que la felicidad momentánea que puede generar el salir vencedor de un combate: “La *felicidad*, el placer, la satisfacción más viva manifestándose en el rostro del vencedor”; “el movimiento ordenado se ejecutó ya sin contratiempos, y el plan tuvo un éxito *feliz*”; “Se reflexiona sobre la gran dificultad de terminar *felizmente* aquella aventura...” (Balbás, 1985, pp. 61, 81, 84). Cuando las cosas no salían bien, sin embargo, sólo se podía pensar o imaginar mejores momentos:

Quién sabe cuántas imaginaciones jóvenes y soñadoras no podrían reconciliar después el sueño, pensando en las alegres posadas de familia, en el baile espléndido de fin de año, en la amiga, o la bella pretendida, que en aquellos momentos bailarían feliz y contenta, sin acordarse del ausente, fastidiado y triste en la sierra del Bacatete (Balbás, 1985, p. 51).

Se imaginaban siendo felices, pero en realidad eran tristes en la sierra del Bacatete. Como se observa en la gráfica 2, fue la tristeza la emoción que con más frecuencia acompañó las narraciones de este médico cirujano; ocho veces se repitió. Balbás sólo habla de tristeza para referirse a los yaquis y a la situación que enfrentaban, en especial después del famoso combate del Mazocoba, suscitado el 18 de enero de 1900, el cual se consideró como fin de la guerra, “pues a partir de esa fecha ya no volvió a efectuarse ninguna acción militar importante” (Balbás, 1985, p. 56). El final del rudo combate fue descrito de la siguiente manera:

Bien pronto las sombras de la noche cubrieron aquel escenario de muerte y de *tristeza*. Noche eterna, de horribles sufrimientos para los heridos que, abandonados en el extenso campo de operaciones, no pudieron ser socorridos. Y más *triste* y más negra, para las infelices familias indias, que con estoico valor, sufrían en silencio, no sólo los dolores físicos de sus heridas, sino también el dolor moral infinito de aquella tremenda catástrofe (Balbás, 1985, p. 60).

Las tristezas continuaron para los yaquis que, después de este combate, no pudieron recuperarse militar ni anímicamente. Muchos de ellos fueron capturados y posteriormente deportados a Yucatán y a otros lugares de la república. La derrota,

pareciera inducirlos a admirar al general Torres. Creo que es un claro ejemplo de la complejidad de buscar significados en un diccionario por la dificultad de describir con claridad algo que varía entre comunidades emocionales.

incertidumbre y, sobre todo, la extirpación del terruño los sumía en la tristeza y la nostalgia.

Balbás cuenta: “En el hospital de Mazatlán presencié algunos casos de indios sanos y vigorosos al llegar del Yaqui, que rápidamente se iban consumiendo, sin padecer otra enfermedad que la profunda *tristeza* que les agobiaba” (Balbás, 1985, p. 101). Raquel Padilla ha documentado también este fuerte sentimiento en su libro *Yucatán, fin del sueño yaqui...* (1995), y señala cómo, en efecto, no sólo se dejaban morir al evitar el alimento, sino que buscaban la muerte: en ocasiones se arrojaban al profundo mar; a veces comían la penca de henequén, que les enfermaba de muerte.

Manuel Balbás aseguraba que el pueblo yaqui estaba condenado a sufrir “el viacrucis de Dolores y de *tristezas*”. Lo anterior porque que era un pueblo ignorante, fanático, que no se permitía “evolucionar hacia la civilización y el progreso” (Balbás, 1985, p. 68). A pesar de que él mismo reconocía que los yaquis vivían sin molestar a nadie antes de la guerra¹⁸ y que eran dueños legítimos de la tierra,¹⁹ no dejaba de lado el pensamiento porfirista de la época y afirmaba que “el progreso tiene grandes exigencias, y el pueblo que no se amolda a ellas, tiene que sucumbir”; “esta riquísima zona no es debidamente explotada por los indios, y el progreso exige que lo sea” (Balbás, 1985, pp. 91, 92).

Aunque aquí sólo mencioné unas cuantas emociones, el texto de Manuel Balbás está cargado de contenido emotivo; el siguiente fragmento de su obra creo que demuestra bien esto:

El formidable combate [del Mazocoba] acababa de pasar. El cuadro que a la vista del observador se presentaba, ostentaba los más variados contrastes de las pasiones humanas:

La felicidad, el placer, la satisfacción más viva manifestándose en el rostro del vencedor.

La tristeza, el abatimiento, el dolor intenso revelándose en el rostro del vencido.

La esperanza aleteando contenta en la frente del soldado.

La amarga decepción martirizando el pensamiento del indio con el cautiverio o la muerte.

¡Muchas ilusiones para mañana!

¡Muchas tristezas para toda la vida!

Los marciales sonidos de la diana, los entusiastas vítores, haciendo estremecer de Suprema alegría el pecho del vencedor.

Los sollozos apenas escuchados, las quejas apenas murmuradas,

¹⁸ “La tribu yaqui vivía en paz, sin molestar para nada al resto del mundo, en la región señalada” (Balbás, 1985, p. 100).

¹⁹ “...si el derecho de posesión por varios siglos, constituye un título legítimo, la tribu yaqui es la dueña de estas tierras” (Balbás, 1985, p. 91).

el llanto del alma apenas humedecido por las lágrimas, lastimando cruelmente el corazón del vencido." (Balbás, 1985, p. 61).

Pero hago hincapié en la importancia de considerar las intenciones con las que Balbás escribió la mayoría de los artículos que conforman su obra, pues, como escritor, tuvo la posibilidad de soltar su pluma, ya que los textos originales fueron escritos para ser publicados en diarios y periódicos, para ser leídos por un público general. Por su parte, Fortunato Hernández escribe sobre la Guerra del Yaqui como parte de un libro científico sobre los pueblos indígenas de Sonora. Independientemente, ambos textos son muy sugestivos y son una ventana a las emociones y pensamientos del hombre mexicano, educado y porfirista.

Conclusiones

A pesar de que los dos autores compartían profesión y ambos estuvieron evidentemente influidos por las políticas porfiristas y la filosofía positivista, nos presentan dos textos diferentes en cuanto a situaciones y acontecimientos narrados y en sus propias perspectivas. No sólo fueron parte de expediciones y momentos distintos, sino que cada uno decidió presentarnos cierta información y detalles en sus escritos, así como omitir otros, y claro, nos muestran sus propias interpretaciones de sus experiencias e información.

Si bien Manuel Balbás nos da una versión mucho más cargada de contenido emocional, por el público al que pretendía llegar con sus publicaciones en periódicos, Fortunato Hernández también nos da muestra de las emociones vividas, sentidas o profesadas durante la Guerra del Yaqui. Como mencioné antes, para este primer acercamiento decidí concentrarme en las emociones presentadas de manera textual en ambos escritos, pero la lectura de las memorias de ambos médicos dejó en claro que se puede hacer otro estudio sobre las emociones que pudieran estar ahí, escondidas en el texto, pero de manera implícita, o bien, de los silencios y lagunas emocionales que hay en ellos; ¿por qué evita Hernández, por ejemplo, usar un lenguaje más emocional cuando relata los enfrentamientos contra los yaquis? ¿Es por intentar presentar los hechos como sucedieron, de manera objetiva? ¿O por presentar una imagen del soldado mexicano como un personaje estoico y valeroso? Muchas interpretaciones pueden surgir al estudiar la historia desde la perspectiva de las emociones y muchas preguntas se pueden resolver.

Las emociones que analicé con más detenimiento y que además fueron las que más se repitieron en cada texto, son *odio* y *temor* en Hernández y *tristeza* y *temor* en Balbás. Este hallazgo no fue del todo sorprendente, pues los autores nos presentan sus recuerdos de un periodo de guerra cruda y prolongada. Una guerra, además, que creó en ambos bandos sentimientos hacia el otro que perduraban no sólo porque la guerra no concluía, sino porque éstos eran enseñados por los padres y abuelos.

Como se puede observarse en las gráficas 1 y 2, hay un número considerable de emociones que dejé fuera del análisis; si bien algunas sólo son mencionadas en una ocasión, estudiándolas a profundidad y en su conjunto, quizás se puedan generar nuevos descubrimientos. También sería necesario discutir cada vocablo que alude a una emoción, para evitar caer en anacronismos, pues recordemos que las emociones van cambiando a lo largo del tiempo y así también el lenguaje.

Espero que este trabajo, que presenta un acercamiento a las emociones de la Guerra del Yaqui, genere futuras investigaciones para comprender a profundidad el papel que las emociones cumplieron en la toma de decisiones y acciones durante este proceso, y que éstas a su vez ayuden a comprender cómo surgieron, cómo se construyeron, y cómo muchas de éstas, sobre todo en cuestiones de desconfianza y desprecio al otro, continúan vigentes en la actualidad.

Referencias

Bibliográficas

- Almada Bay, I. (2000). *Breve historia de Sonora*. México, D.F.: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- Balbás, M. (1985). Recuerdos del yaqui. Principales episodios durante la campaña de 1899 a 1901. En G. d. E. d. Sonora (Ed.), *Crónicas de la Guerra del Yaqui* (pp. 7-108). Hermosillo, Sonora: Gobierno del Estado de Sonora.
- Corral, R. (1981). Biografía de José María Leyva Cajeme en *Obras históricas*. Hermosillo, Sonora: Imprenta del Estado.
- De Toro y Gómez, M. (1901). *Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*. Librería Armand Colin-Hernando y Cía.
- Del Paso y Troncoso, F. (1905). *Las guerras con las tribus Yaqui y Mayo del estado de Sonora*. México, D.F.: Departamento de Estado Mayor.
- Enríquez Licón, D. E. (2003). Pastoral y política decimonónica en el yaqui. *Noroeste de México* 14:75-89.

- Enríquez Licón, D. E. (2010). Secularización de pueblos de misión en Sonora y su transformación en parroquias, 1767-1890. En *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora 1940* (123-171).
- Figueroa, A. (1994). *Por la tierra y por los santos: Identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*. México, D.F.: Conaculta, Dirección de Información y Estudios Culturales.
- Guerrero de la Llata, P. (2014). *La perfidia de los indios... las bondades del gobierno. Imaginarios sociales en discursos oficiales sobre la deportación de los yaquis (1902-1908)*. Hermosillo, Sonora: El Colegio de Sonora.
- Hernández, F. (1985). La guerra del Yaqui. En G. d. E. d. Sonora (Ed.), *Crónicas de la guerra del Yaqui* (pp. 110-254). Hermosillo, Sonora: Gobierno del Estado de Sonora.
- Matt, S. J. y Stearns, P. N. (editores). (2014). *Doing emotions history*. Champaign, IL: University of Illinois Press.
- Medina Bustos, J. M. (2002). Vecinos, indios, vagos y sirvientes: Avatares de la ciudadanía en Sonora durante la primera mitad del siglo XIX. *Región y sociedad* 14(25):109-152.
- Moctezuma Zamarrón, J. L. (2001). *De pascolas y venados: adaptación, cambio y persistencia de las lenguas yaqui y mayo frente al español*. México, D.F.: El Colegio de Sinaloa, Siglo XXI Editores.
- Padilla Ramos, R. (1995). *Yucatán, fin del sueño yaqui. El tráfico de los yaquis y el otro triunvirato*. Hermosillo, Sonora: Gobierno del Estado de Sonora.
- Padilla Ramos, R. (2006). *Progreso y libertad. Los yaquis en la víspera de la repatriación*. Hermosillo, Sonora: Instituto Sonorense de Cultura.
- Padilla Ramos, R. (2010). Antigachupinismo y antiyorismo yaquis en el siglo XIX. Ponencia presentada en II Reunión sobre Independencia y la Revolución en el Noroeste de México, La Paz, Baja California Sur.
- Padilla Ramos, R. (2018). *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis*. México, D.F.: INAH.
- Padilla Ramos, R. y Trejo Contreras, Z. (2012). Guerra secular del Yaqui y significaciones imaginario sociales. *Historia Mexicana* 62(1):59-103.
- Pérez de Ribas, A. (1985). *Páginas para la historia de Sonora. Triunfos de nuestra santa fe*. (Tomo II). Hermosillo, Sonora: Gobierno del Estado de Sonora.
- Rosenwein, B. H. (2006). *Emotional communities in the early middle ages*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Spicer, E. H. (1994). *Los yaquis. Historia de una cultura*. México, D.F.: UNAM.
- Toría Padilla, R. (2019). *El odio y el amor en los yaquis durante tiempos de guerra, 1825-1908*. Tesis de licenciatura, Hermosillo, Sonora: Universidad de Sonora.
- Trejo Contreras, Z. (2012). *Redes, facciones y liberalismo. Sonora 1850-1876*. Hermosillo, Sonora: El Colegio de Sonora.

Páginas web y recursos electrónicos

- Boquet, D. (2008). Historians and emotions: New theories, new questions. En D. Boquet y N. Piroška (Eds.), *Actualité d'EMMA, chroniques et conférences, colloques*, Recuperado de <https://emma.hypotheses.org/147>, con acceso el 20 de agosto de 2021.
- Dávila, F. T. (1894). *Sonora histórico y descriptivo*. Recuperado de <http://isc.sonora.gob.mx/bibliotecadigitalsonora/sonora-historico-y-descriptivo-de-f-t-davila/>, con acceso el 20 de agosto de 2021.
- DGE (1897). *I Censo de la República Mexicana 1895*. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1329/702825410339/702825410339.pdf, con acceso el 25 de agosto de 2021.
- DGE (1901). *División territorial de la República Mexicana. Estado de Sonora*. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/1329/702825410636/702825410636.pdf, con acceso el 25 de agosto de 2021.
- Gouy-Gilbert, C. (1985). *Una resistencia india: los yaquis*. Recuperado de <http://books.openedition.org/cemca/3352>, con acceso el 10 de diciembre de 2021.
- Hernández, F. (1902). *Las razas indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui*. Recuperado de <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080013243/1080013243.html>, con acceso el 10 de agosto de 2021.
- INEGI (2021). *Panorama sociodemográfico de Sonora. Censo de población y vivienda 2020*. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825197995>, con acceso el 5 de diciembre de 2021.
- Keltner, D. y Ekman, P. (2003). Introduction: Expression of emotion. En R. J. Davidson, K. R. Scherer y H. H. Goldsmith (Eds.), *Handbook of affective sciences*. Recuperado de <https://1ammce38pkj41n8xkpliocwewpengine.netdna-ssl.com/wp-content/uploads/2013/07/Introduction-Expression-Of-Emotion.pdf>, con acceso el 10 de agosto de 2021.
- Rosenwein, B. y Cristiani, R. (2018). *What is the history of emotions?* Recuperado de Edición Kindle, con acceso el 20 de agosto de 2021.